

LA INTELIGENCIA Y LA CONCIENCIA

Hugo McCord



LA INTELIGENCIA

Se ha hecho la observación en el sentido de que una Luna que se mueve da testimonio de un Hacedor que es capaz de mover las cosas, y que los seres vivos dan testimonio de un Hacedor viviente. Otro nivel de realidad —superior a la materia, superior al movimiento y superior a la vida— lo constituye la inteligencia. No se le podría llamar razonamiento claro el sostener que un Ser capaz de impartir inteligencia no sea inteligente Él mismo.

La inteligencia humana es tan superior a la vida como lo es la vida a la materia. La mente del hombre es asombrosa, con un potencial que se desconoce. Un erudito ruso, Ivan Yefremov, escribió:

Los últimos descubrimientos de la Antropología, la Psicología, la Lógica y la Fisiología, revelan que el potencial de la mente humana es verdaderamente grande. Apenas la ciencia moderna nos dio algún entendimiento de la estructura y funcionamiento del cerebro humano, nos causó asombro su enorme capacidad de reserva. El hombre, en condiciones medias de trabajo y de vida, usa tan sólo una pequeña parte de su equipo para pensar. Si pudiéramos obligar nuestro cerebro a trabajar a por lo menos la mitad de su capacidad, bien podríamos, sin dificultad alguna, aprender 40 idiomas, memorizar toda la enciclopedia de cubierta a cubierta, y cumplir con los cursos requeridos de docenas de universidades.¹

El cerebro humano es una computadora natural con catorce mil millones de unidades de intercomunicación, y, parece extraño, la única computadora que según los expertos llegó a serlo por una serie de accidentes de las operaciones de la naturaleza. Blaise Pascal, filósofo y matemático francés, escribió: «El hombre no es sino una caña, lo más débil de la naturaleza; pero es una caña pensante [...] Aunque el universo lo mate, el hombre todavía sería más noble que aquello que lo matara, porque

sabe que muere; y de la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo no sabe nada. Así, toda dignidad consiste en el pensamiento».

La capacidad de la mente humana casi convierte a Charles Darwin en un teísta. Darwin escribió que «la asombrosa capacidad [del cerebro humano] de remontarse al pasado lejano, y de proyectarse al futuro distante», lo llevó a suponer la existencia de una «Primera Causa, que tiene una mente inteligente en algún grado análogo al hombre». Añadió: «Merezco ser llamado teísta». No obstante, cuando consideró que la mente del hombre se desarrolló «a partir de una mente tan simple como la de los animales más simples», entonces dudó que se pueda confiar en las «grandes conclusiones» a las cuales el hombre es llevado.² Por lo tanto, Darwin rehusó aceptar lo que su mente le decía que era así, porque no consideraba que su mente era capaz de decir que era así.

¿De qué se compone la mente? La inteligencia humana, afirmó un científico, emergió a partir de «partículas fundamentales» (¿Significa esto que tuvo un origen?) con «características mentales» inherentes de «baja calidad y débil intensidad». Tales rasgos deben conjeturarse, dijo Darwin, de otro modo, agregó, «no logro entender cómo la conciencia pudo alguna vez emerger de algún sistema de materia».³ Otra hipótesis «bien fundamentada» es que la conciencia humana es «un refinado descendiente de cruda bioluminiscencia prehistórica» (es decir, de una chispa evolucionaria). Tal discurso puede causar una profunda impresión, pero deja a la mente inquisitiva sin respuesta alguna.

La mente inquisitiva tiene una respuesta parcial en las palabras de René Descartes (1596–1650): «Lo que sea que al final se señale como la causa de mi existencia, debe darse cabida a que sea también un ser que piensa».⁴ Si la criatura es un ser que piensa, ciertamente su Creador puede también

serlo. «Tiene que haber por lo menos tanta realidad en la causa como en el efecto»,⁵ continuó diciendo Descartes. Un pensador más moderno que Descartes escribió que la inteligencia y la personalidad del hombre «nos revelan la inteligencia y la personalidad» de su Hacedor.⁶ No es razonable decir que el hombre puede estar conciente de Dios, y que Dios no puede estar conciente de él. La fuente de la conciencia no puede ser inconciente. Así, la conciencia y la personalidad humanas dan testimonio de nada menos que la personalidad de Dios.

LA CONCIENCIA

La Luna que se mueve no revela que Dios vive, pero un árbol sí lo revela. Un árbol no revela que Dios es una persona, pero la personalidad del hombre sí lo revela. De un modo parecido, la conciencia del hombre, su sentido del deber, revela que Dios es un Ser de valores. Ese ser que ha impartido valores morales no puede ser inferior a una persona moral.

La naturaleza ética del hombre no parece estar presente en los animales. Los seres humanos están concientes de una demanda válida que se impone sobre sus vidas: «una ley transcendente que es autoritativa y absoluta».⁷ Si un chimpancé pudiera hablar, diría: «Yo quiero»; pero el hombre dice: «Yo debo».

El incrédulo Thomas H. Huxley (1825–95) rehusó consolarse con la inmortalidad cuando su hijo murió, porque no quiso «andarse con contemplaciones con la verdad».⁸ No obstante, si Huxley fuera simplemente la descendencia de un cieno primordial, como él creía, ¿qué importa la verdad? Aparentemente, el sentido de lealtad a la verdad, de Huxley, no procedía de su cuerpo de arcilla. La honradez es una cualidad desconocida para una bolsa de químicos. Es ilógico suponer que Aquel que puso sentido moral en el hombre sea Él mismo un ser amoral.

Bertrand Russell (1872–1970) reconocía la capacidad interna del hombre para discernir entre el bien y el mal, pero creía que el poder que puso esa capacidad dentro del hombre no tenía habilidad para pensar. «Un extraño misterio es que la Naturaleza, omnipotente, pero ciega [...] ha dado a luz al fin a un hijo [...] dotado del don de la vista, con conocimiento del bien y del mal, con la capacidad de juzgar todas las obras de su Madre que no piensa».⁹ Según él, una Madre ciega, incapaz de pensar, de genealogía desconocida, concibe a un hijo que ve, piensa y es moral.

Immanuel Kant impresionó a muchos con su

muy emocionada exclamación acerca de los cielos y la ley moral. «Hay dos cosas que me llenan de admiración y de sobrecogimiento que crecen constantemente entre más tiempo y más ardentemente reflexiono sobre ellas: los cielos estrellados que están afuera y la ley moral que está adentro». Kant consideraba tan importante el imperativo categórico del «deber» del hombre, que lo usó como prueba de la existencia de Dios. Aunque criticó duramente los argumentos clásicos de la existencia de Dios, sostuvo que la plenitud de la bondad moral del hombre, y por ende de su felicidad requiere de «la existencia de una causa adecuada a este propósito», una «inteligencia (un ser racional)», una «inteligencia suprema».¹⁰

Tan claramente podía él ver la existencia de ese Ser, que hizo lo mismo de lo cual había acusado a los que usaban el argumento causal: mirar más allá del mundo de los sentidos, a los conceptos mentales puros. Parece ser, más bien, que los que usan el argumento causal al mirar más allá del mundo de los sentidos, al mundo del Hacedor, no están cometiendo la «falacia ontológica» —y tampoco la cometió Kant cuando miró más allá del mundo de los sentidos, a un Ser necesario para efectuar la felicidad del hombre moral. Kant estaba extasiado con ese Ser, y se refería a él como «el santo dador de leyes», «el justo juez» y «el buen gobernador».¹¹

Muy diferente en actitud, y muy digno de lástima es Erich Frank, que reconoce tener «discernimiento moral», pero que él mismo se mantiene en una postura de «abierto desafío metafísico». Declaró: «Opondré absoluta resistencia al principio supremo y lo despreciaré».¹²

Tal vez como a ningún otro mortal, a Kant le conmovió profundamente la fortaleza y el valor de la buena voluntad entre los hombres, el valor del imperativo categórico de ayudar a la humanidad, de que uno actúe siempre movido por principios que él cree deberían ser universales. Personalmente, debió de haber sido uno de los mejores hombres del mundo. No obstante, su alto sentido de valores y del desinterés más puro, no encuentra explicación en la «materia suave y gelatinosa», ni en la «espuma palpitante», ni en el «cieno primordial».

Aun si la materia pudiera crear la bondad y la benignidad y el amor, estos no tendrían lugar en un supuesto mundo evolucionario de la supervivencia del más apto, sobreviviendo brutalmente a puro colmillo y garra. La única explicación que tiene sentido es que algún ser con sentido de los valores puso ese mismo sentido en Kant. Se sigue entonces que, como el día sucede a la noche, que el Hacedor del universo es más que un constructor:

es alguien que vive, es inteligente y es bueno.

¿QUÉ CLASE DE DIOS ES ÉL?

«¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?» (Job 11.7). En lo absoluto, la respuesta a esta pregunta tiene que ser negativa, porque Dios «hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas sin número» (Job 5.9). Sin embargo, cuando uno anda entre un jardín de flores, aunque no haya visto al jardinero, uno puede saber cosas definitivas acerca del jardinero. Del mismo modo, cualquier persona normal que mira a los cielos, ya sea de día o de noche, deber ver la obra de las manos de un poderoso Creador y Modelador (vea Salmos 19.1–3).

En la creación de materia inanimada, uno puede ver a uno o más poderosos creadores. En la aparente unidad de las leyes generales que dirigen los movimientos planetarios, uno puede inferir que el Creador es uno, que una sola mente dirige la totalidad, aunque puede que tenga innumerables asistentes. Además, es una deducción lógica que el Creador de toda forma de vida debe Él mismo estar vivo. Si el ser vivo es una persona conciente de sí misma, uno puede decir que su Creador no puede ser menos que Su criatura. Del mismo modo, si la persona conciente de sí misma tiene sensibilidad moral, es ilógico pensar que su Hacedor tenga una dosis menor de esta. Paso a paso, de un nivel de realidad a otro, uno llega a saber del Creador que jamás ha visto, y anhela conocer más.

El que dice que Dios es simplemente amor o espiritualidad pura —un ideal abstracto (Platón) o un anciano con barba o creación del hombre (Xenófanes), o que es una proyección de la mente humana (Ludwig Feuerbach), o que es querer

hacerse ilusiones (Sigmund Freud), o que está muerto (Friedrich Nietzsche), o que es sencillamente el fundamento de nuestro ser (Paul Tillich), o alguien que no puede ser conmovido con los sentimientos de nuestras enfermedades —no ha considerado todas las pruebas. «El que hizo el oído, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?» (Salmos 94.9). El que puso profundos sentimientos dentro del hombre, ¿no sentirá?

¹ Ivan Yefremov, "The Human Brain God Made" («El cerebro humano que Dios hizo»), *20th Century Christian* (August 1970): 8.

² Francis Darwin, ed., *Life and Letters of Charles Darwin (Vida y Cartas de Charles Darwin)* (New York: D. Appleton & Co., 1911), 1:282.

³ D. F. Lawden, University of Canterbury en Christchurch, New Zealand; citado en John Lear, "The Future of God" («El futuro de Dios»), *Saturday Review* (29 August 1964): 184.

⁴ René Descartes, *Descartes Selections (Selecciones de Descartes)*, ed. Ralph M. Eaton (New York: Charles Scribner's Sons, 1927), 123.

⁵ *Ibíd.*

⁶ *The Encyclopedia Americana*, 1962 ed., s. v. "Theism" («Teísmo»), por H. W. Wright.

⁷ John Hick, *Classical and Contemporary Readings in the Philosophy of Religion (Lecturas clásicas y contemporáneas en Filosofía de la Religión)* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1965), 471.

⁸ David Elton Trueblood, *Philosophy of Religion (Filosofía de la Religión)* (New York: Harper & Bros., 1957), 108.

⁹ Bertrand Russell, *Mysticism and Logic (Misticismo y lógica)* (New York: Barnes & Noble, 1959), 48.

¹⁰ Immanuel Kant, "Theory of Ethics" («Teoría de la Ética»), en *Kant Selections (Selecciones de Kant)*, ed. Theodore Meyer Greene (New York: Charles Scribner's Sons, 1957), 360–67.

¹¹ *Ibíd.*, 367.

¹² Geddes MacGregor, *Introduction to Religious Philosophy (Introducción a la Filosofía Religiosa)* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1959), 120.

«EL SANTO»

A Dios se le llama *Qadosh*,¹ «el Santo». La palabra procede de una raíz que significa: «estar separado, estar apartado, ser santo». Puesto que Él es santo, no puede asociarse con ninguna maldad. «Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti» (Salmos 5.4). «Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio [...]» (Habacuc 1.13). Los dioses paganos, por el contrario, sí se asociaban con la maldad. La noble pureza de Jehová es distinta con el verdadero Dios. Esta cualidad del Señor es alabada incesantemente por los serafines («Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos»; Isaías 6.3) y por los cuatro seres vivientes («Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso [...]»; Apocalipsis 4.8). Dios llamó a Israel (Levítico 11.44–45) y a los cristianos (1^{era} Pedro 1.16) a mantenerse santos por la razón de que Él es santo.

¹ Al igual que las palabras que se traducen por «Dios» y «Señor», la expresión *Qadosh* es plural en forma en Proverbios 9.10; 30.3 y Oseas 12.2, 13, pero a nadie se le ocurriría traducirla por «Santos». Aparentemente, el propósito es expresar un plural de honor (esto es, una forma plural que se usa para indicar honor o majestad).